

# EL COFRE DE TOMÁS

**Concurso: “Cuéntame un cuento” (A.P.A.Valdeluz)**

**Texto y diseño: CARLOTA MIGUEL GUTIÉRREZ**

**Ilustraciones: AMAIA MALALANA PÉREZ-JUANA**

Amanecía en San Enrique. Susana y Tomás ya estaban desayunando en la cocina del primer piso cuando oyeron unos pasitos por las escaleras. Segundos después, vieron aparecer a su hijo por la puerta con todo el pelo revuelto de recién levantado. Ya estaban todos. Les gustaba empezar el día conversando en familia. Al acabar, el niño fue a jugar al jardín y Tomás decidió seguir empaquetando todo para la mudanza. Necesitaban una casa más grande ya que, dentro de unos meses, Susana daría a luz a una niña. Tomás pensó que lo mejor sería empezar por el desván y deshacerse de algunas cosas que ya no usaban.

Pasadas un par horas, miró a su alrededor. Ya solo quedaban unos pocos libros de la estantería del fondo. Apartó un par de cuadernos de cuando iba a la universidad y apareció un cofre bastante viejo. Sopló para quitarle el polvo. Quería husmear lo que había dentro. En ese instante recordó que aquel era el lugar donde durante años había guardado fotografías, trofeos y demás cachivaches para recuerdo. Le apetecía mucho explorar su interior, pero sabía que antes debía terminar de empaquetar todo. **Subió el cofre a su dormitorio** y lo escondió debajo de la cama, como hacía tiempo atrás.

Cuando terminó ya era la hora de comer. Susana, espléndida cocinera, había preparado un delicioso menú que no tardó en desaparecer de la mesa.

Madre e hijo habían planeado ir al cine a la sesión de tarde y Tomás esperó a estar solo para subir de nuevo a su habitación. Una vez allí se tumbó y alargó el brazo por debajo de la cama. ¡Ahí estaba el cofre! Justo donde lo había dejado antes. Lo elevó y lo puso encima del escritorio. Se moría de la curiosidad. Echó un vistazo por encima. Medallas, estatuillas, álbumes, incluso algún juguete, se apelotonaban sin ningún orden.

Se detuvo al ver una fotografía de una excursión familiar que realizaron cuando tenía 13 años (al menos esa era la fecha que figuraba en el reverso). Salían todos sonrientes; él estaba en el centro, rodeado de sus primos y detrás sus padres, sus tíos y sus abuelos. ¡No faltaba nadie! Por el paisaje del fondo se diría que estaban en la ladera de una hermosa montaña. Se preguntó quién estaría haciendo la foto.

De pronto, todo se volvió borroso y un viento huracanado recorrió la habitación. Cuando Tomás abrió los ojos, un sol resplandeciente le cegó al mismo tiempo que una suave brisa agitaba su cabello moreno.



Subió el cofre a su dormitorio.

Escuchó risas y se giró para ver de dónde provenían. Un agente forestal estaba haciendo una fotografía a un numeroso grupo. Se fijó bien. Efectivamente, no cabía ninguna duda. ¡Era su propia familia! ¡La fotografía del cofre! Estaba reviviendo el recuerdo, algo mágico. Una lágrima le recorrió la mejilla al ver a sus abuelos. Fue el abuelo quién le regaló el cofre. Tanto él como su mujer ya habían fallecido. Se moría de ganas de abrazarles, pero sabía que para ellos se trataba de un simple desconocido. Así que se limitó a disfrutar del momento. ¡Qué bien se lo había pasado en aquella excursión!

Comenzó el mismo viento y otra vez esa sensación de que todo se desenfocaba. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba en su casa, sentado frente al cofre y con la fotografía entre las manos. Miró la hora. Susana y el niño estarían a punto de llegar. Metió la foto en el cofre con cierta prisa y lo cerró para esconderlo en el mismo lugar.

Ya estaban aquí. Bajó a recibirles. El pequeño empezó a relatar entusiasmado el argumento mientras se descalzaba. Pero Tomás no le escuchaba, no podía apartar de su mente lo que le había sucedido. Había sido algo muy extraño, pero tenía que reconocer que la experiencia le había gustado mucho.

A la mañana siguiente se despertó con ganas de seguir reviviendo recuerdos del cofre, pero se acordó que habían quedado con su mejor amigo, la mujer de este y su hijo para ir juntos a la alameda. Mientras caminaban, se le ocurrió contarle lo del cofre, así que, después de estar hablando un rato de esto y aquello y solo cuando comprobó que nadie los escuchaba, le dijo:

- Lucas. Te voy a confesar algo.
- ¿Qué es? Sabes que puedes confiar en mí.
- Lo sé, por eso te voy a contar un secreto, que no puedes decir a nadie, ¿vale?
- Te prometo que no lo hablaré con nadie más. ¡Cuenta, me tienes en ascuas!

Tomás conocía a Lucas desde hacía mucho tiempo y sabía que cumpliría su palabra. Le explicó todo lo que le había sucedido el día anterior. Lo que había visto, oído, vivido y sentido.

- Tomás, sabes que te quiero mucho y que siempre has sido mi mejor amigo, pero...
- ¿Pero qué?



"Lucas. Te voy a confesar algo."

- Pues, que es muy probable que todo lo que me has contado haya sido un sueño.
- ¡No! ¡Ha sido real! Te lo prometo.
- Bufff – resopló Lucas – No sé si creerte...

Antes de que Tom pudiera contestar, llegaron las mujeres y los niños y dejaron de hablar del tema. De hecho, no volvieron a hablar de él en todo el día.

Cuando regresaron a casa eran más o menos las 18:30. Tenían pensado ir a la piscina del barrio, ya que estaban en plenas vacaciones de verano y había salido un día bastante caluroso, pero Tomás se inventó la excusa de que se encontraba mal para poder tener un rato a solas y recuperar el cofre.

Nada más escuchar el portazo de salida, corrió a su habitación y repitió lo mismo que la otra vez. Rebuscó entre todos los recuerdos hasta que vio unas figurillas nupciales. Eran los muñecos de su tarta de boda. Se los quedó mirando melancólico. En ese momento, un potentísimo viento le levantó del suelo y todo se volvió borroso una vez más. Cuando la imagen se aclaró estaba en la esquina de un gran salón muy decorado con mucha gente elegantemente vestida que no paraba de hablar mientras daba buena cuenta de exquisitos manjares. Escuchó voces que le resultaron muy familiares, se giró y se vio a sí mismo y a su mujer partiendo la tarta de su propia boda. ¡Era una locura! ¡Le había vuelto a suceder! Tomás sabía que debía esconderse cuanto antes, había envejecido algo pero no tanto como para no ser reconocido. Decidió meterse en el baño. Escuchó unos pasos firmes. Alguien se acercaba. Tomás se escondió tras la puerta. Era Santi, un invitado a la boda que, al entrar al baño le golpeó ligeramente con la puerta. Se disculpó educadamente.

Tomás sonrió escondiendo la cara para que no le reconociera y en ese preciso instante, de nuevo, el viento y el ligero mareo. Segundos después estaba de vuelta en su casa.

Pasaron algunos días hasta que Tomás volvió a tener un rato a solas para abrir su cofre de los recuerdos. Esta vez, extrajo otra fotografía que le llamó la atención. Aparecían dos niños pequeños. Sabía que el de la derecha era él, pero no reconocía al de la izquierda. Notó una gota de sudor cayéndole por la frente. Hacía un calor insoportable, así que abrió la ventana. Volvió a sentarse y dio la vuelta a la fotografía. “Lucas y yo”. La giró de nuevo. En efecto, eran Lucas





"Lucas y yo."

y él, en la fiesta de cumpleaños de un amigo común, el año en que se conocieron. Pasados unos segundos, un reducido grupo de niños correteaba a pocos metros gritando y riendo. De nuevo estaba reviviendo su propio recuerdo. Esta vez no le hacía falta esconderse, así que se sentó cerca para disfrutar más.

De pronto, Tomás escuchó un golpe muy fuerte. Parecía que nadie más lo había sentido. Los niños seguían con sus juegos.

Una inoportuna ráfaga de viento había entrado por la ventana de su dormitorio y había cerrado el cofre. Tomás no lo sabía, pero se había quedado atrapado en su recuerdo.

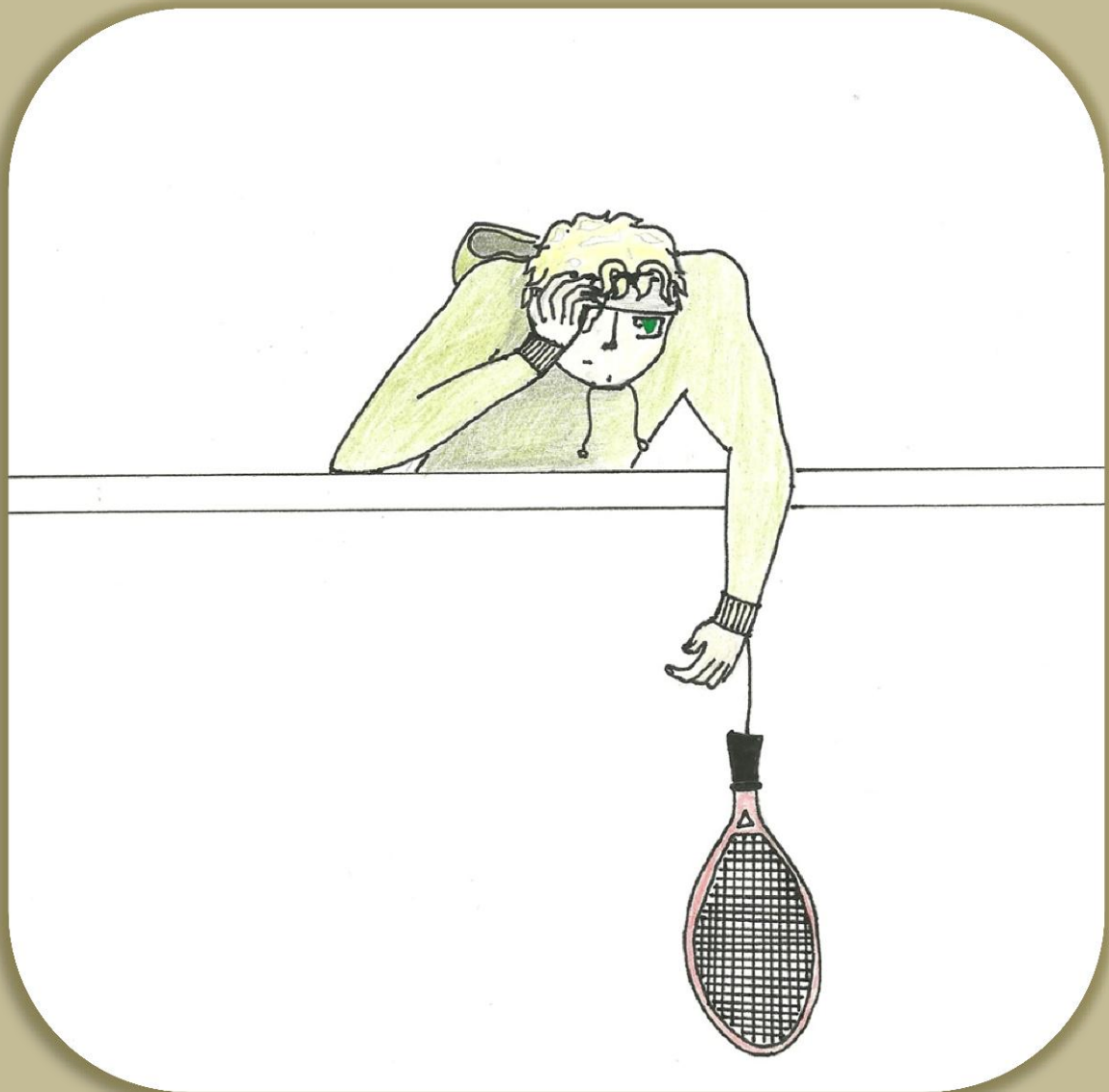
Mientras tanto, **Lucas le estaba esperando con la raqueta de pádel y el chándal** para jugar un partido, tal y como habían quedado. El tiempo pasaba y Tomás no llegaba. Lucas le llamó insistentemente, pero no contestaba. Entonces telefoneó a Susana.

- Hola Susana, soy Lucas, ¿estás con Tomás?
- No. Se ha quedado en casa, pero estoy a punto de entrar. ¿Quieres que le diga algo?
- Perfecto, es que... he quedado con él hace ya quince minutos, no ha llegado todavía y con lo puntual que es...
- Pues sí que es raro. Aquí no está. Y en nuestro dormitorio... (jadea levemente mientras sube las escaleras)... No. Aquí tampoco. Lo único que veo es un cofre muy viejo en el escritorio y su móvil encima de la mesilla. Seguramente habrá ido a buscar al niño a casa de mi hermana y se ha olvidado del pádel y del móvil. Con los líos de la mudanza anda un poco despistado. No te preocupes que me acerco de un momento y se lo recuerdo.
- Vale. Yo voy pidiendo pista para la siguiente hora.

A Lucas le vino de repente a la memoria todo lo que había hablado con Tomás acerca del cofre mágico. ¡Cómo no le había hecho caso! Estaba seguro que la clave la tenía el dichoso cofre.

Llegó a casa de Tomás como un rayo. Tenía copia de las llaves por si alguna vez había una emergencia, y esta era una de ellas. ¡Vaya que sí lo era! Subió corriendo al dormitorio, y allí estaba el cofre, tal y como le había dicho Susana. Se quedó pensando un rato, intentó recordar cómo Tomás conseguía revivir los recuerdos. Abrió el cofre despacio y con curiosidad. La fotografía de los niños seguía allí, la primera de todas. Lucas se quedó mirándola. De pronto, un fortísimo





Lucas le estaba esperando con la raqueta de pádel y el chándal.

viento despeinó su cabello rubio y sus preciosos ojos verdes comenzaron a ver borroso. Cuando volvió a pestañear estaba dentro del recuerdo en el que había quedado atrapado Tomás. Corrió en su busca, no tardó mucho en encontrarle sentado en un banco observando el juego de unos niños. Se sentó junto a él a contemplar la hermosa escena.

-¡Qué monos éramos! ¿Verdad?

Tomás se giró sobresaltado, sonrió al ver a su amigo y se fundieron en un abrazo.

Nuestro protagonista había empezado a agobiarse al ver que no salía del recuerdo y que el cumpleaños estaba a punto de finalizar. Pensaba que se iba a quedar atrapado en él para siempre. Pero cuando vio aparecer a Lucas brotó la felicidad de su interior, no solo porque estaba salvado, sino también porque su mejor amigo había confiado en él, había creído algo inverosímil únicamente por el hecho de ser eso, su mejor amigo.

- Ya está a punto de terminarse el cumpleaños.  
Disfrutemos de lo que queda. Este momento es mágico.  
Propuso Lucas.

Empezaban a llegar las madres de los niños a recogerlos. Lucas y Tomás se dieron la mano, como lo hicieron los dos pequeños. En ese momento comenzó el fuerte viento de siempre. Nunca un viento tan desagradable había sido tan bien recibido.

En menos tiempo del que imaginaron estaban en casa. Sonrieron y se abrazaron.

Gracias a ese cofre mágico habían recordado que su amistad había sido desde siempre y ahora sabían que sería para siempre.

